



LA VÍSPERA DEL DUELO.

—Es mañana. A muerte—dicen los padrinos.—Se ha negado á dar explicaciones; persiste en su actitud. Hemos tenido que llegar á la última y lamentable solución. ¿Qué le parece á usted?

—Que han hecho ustedes lo que debían. Hasta mañana, señores.

Ni se habla más, ni se debe hablar más tampoco.

Las vacilaciones desaparecen; las dudas quedan resueltas de una vez. Se coge al miedo, no al miedo, al instinto de conservación, por el cogote, y se le grita, apretándole fuer-

te: «¡A ver si te callas! No siempre has de ser el amo tú.»

Es triste, muy triste, que el derecho á vivir, que es algo, y el respeto á la razón, que debe serlo todo, se resuelvan en última instancia con un arma por defensor y el azar por supremo juez. Pero ¡qué remedio! Así lo quiere el otro. Cargue con la muerte el que le toque, y con la responsabilidad quien, merced á sus insultos, provocó el conflicto, y, gracias á su obstinación, hace inevitable la catástrofe.

Esta es la reflexión primera del hombre que pide reparación de un ultraje y no la halla.

Luego, cuando el hombre se queda solo, cuando el impulsivo arranque del honor ofendido contesta, llega otro momento de meditación honda; un monólogo sombrío y hermoso: la conciencia se convierte en interrogante, y pregunta, no ¿vas á morir?, sino ¿tienes razón para morir?

—Mira—contesta el Yo interrogado al Yo

interrogante:—ese hombre me ofendió, me abofeteó, me insultó en mis más queridos afectos. Yo le pedí explicaciones, reparaciones. ¡Nada!... No pude obtener nada. Tú conoces los hechos uno á uno; sabes hasta qué extremo llegó mi calma, hasta qué punto traté de rehuir por medios honrosos el encuentro... No por requerimientos del temor; por sollicitaciones de la prudencia, llegué casi á rebasar los límites de mi decoro... Todo inútil. Mi contrario se obstina. Guárdate el bofetón ó pelea—me dice.—¿Qué hago?

—Mata ó muere—contesta la conciencia.

Y como la conciencia no tiene carne que tiemble, luego de pronunciar su fallo se queda tranquila.

El hombre no; el hombre aún no queda tranquilo. Frente á la imagen de su deber, francamente dibujada por su conciencia, se alzan las imágenes terribles de su carne herida y ensangrentada, de sus hijos sin amparo, de su bienestar perdido, de su existencia

volcada en la tumba... Es éste un instante terrible... Hasta se es cobarde. Por un segundo asoman á los ojos las lágrimas... Pero esas lágrimas, al resbalar por los ojos, escuecen. Son una bofetada líquida que se dé uno á sí propio... ¿Llorar? ¿Temer? No. Que llore, que tema el infame provocador de la lucha brutal; no quien, provocado, va á ella contra su voluntad, pero con la decisión firme de volver triunfante ú honrado.

¡Fuera, fuera lágrimas! ¡Fuera, fuera debilidades! Al combate. Si muero, que me lloren; si mato, que me respeten.

Y después de esto, el hombre se duerme tranquilo.

Le matan; ¿qué importa?... ¿Triunfa?... Mejor. En esas circunstancias la muerte no es deshonra; y el triunfo no es triunfo, es una apoteosis, la más santa: la de la justicia.

En cambio, ¡qué día tan horrible debe ser el de la víspera del duelo para el provocador! Sin razón ha insultado á un hombre; sin compasión le ha abofeteado, le ha nega-

do sin tregua reparaciones y respetos. Dándole á escoger entre su deshonra y su muerte, obligale á empuñar un arma, y esa arma estará mañana enfrente de él, del ofensor, del desrazonable, del bravo de oficio, pidiéndole respuesta sangrienta del ultraje inferido; no pidiéndola, exigiéndola con la vida del miserable que le obliga á jugar la suya.

Si el provocador muere, nadie llorará su muerte, él se la ha buscado; si mata, todos se apartarán de él con asco. ¿Quién puede aplaudir su buena ventura? Cuatro miserables como él, cuatro cobardes cortesanos del éxito. Semejante premio no vale la vida de un hombre de bien.

¡Qué á gusto muere el que muere por la razón, y, ya que no con gusto, con qué satisfacción de conciencia mata el que mata por defender su derecho!

¡Qué desesperado morirá el que muere por justificar un atropello! ¡Qué remordimientos debe sentir el que causa la muerte

de un sér humano por satisfacer alardes basados en ambiciones de ladrón!

Muerto, le seguirá el desprecio; matador, el *anathema* de las gentes honradas.



En vísperas de un duelo está España.

Duelo al que va contra su voluntad, contra su deseo; obligada, arrastrada. Después de hacer su examen de conciencia, debe estar tranquila.

Durmamos hasta el sábado.

Si sucumbimos, acompañará á nuestra derrota el respeto de la humanidad.

Si vencemos, la admiración de la historia.

Al encuentro, pues.

El que lucha por la razón, triunfa en definitiva.



LOS HÉROES DEL DÍA.

Son dos. Uno está allí, en la Habana, en ese pedazo de tierra española hoy *víctima* de un bloqueo bufo, al que acaba de poner música el capitán del *Montserrat*, con un *trágala* á toda orquesta; el otro anda por las calles de Madrid, ignorado, desconocido; su acción ha hecho palpitár todos los corazones, su nombre no ha podido grabarse en ninguna memoria; ni lo dijo, ni se lo preguntaron. El héroe de allí es un millonario y se llama Argüelles; el de aquí, es una pobre viuda y se llama MADRE.

El primero ha dicho á Blanco: «Ahí van